Molière

EL TARTUFO

adaptación de José Ramón Enríquez
[Sistema Nacional de Creadores]

Música de Juan Luis de Pablo Enríquez Rohen

2009

Personajes e instrumentación

ORGON, esposo de Elmira. **[Cencerro en el pescuezo]**
ELMIRA, esposa de Orgón. **[Flautas a cada entrada]**
DAMIS, hijo de Orgón. **[Trompetilla de fútbol]**
TARTUFO, falso devoto. **[Cascabeles]**
DORINA doncella de Mariana **[Pandero y trapo]**
Instrumentos adicionales: **[Tambores y guitarra]**

Todos los personajes con sus instrumentos
La escena es en París.

Obertura a Tartufo

Para la compañía: Teatro hacia el márgen

Juan Luis de Pablo Enriquez Rohen
(2009)

Moderato (♩ = c. 108)

Todos tocan

Compañía

f

2

(*Ritenuto* en la segunda vuelta)

ESCENA UNO

Elmira y Dorina hablan con Damis

ELMIRA.- Ya no es el hombre sensato que antes fue.

I- Gesto de Damis

Pandero (Dorina fuera de escena)
Trompetilla de Damis

3

f

DORINA.- Desde que se encaprichó con Tartufo está como atolondrado.

ELMIRA.- Lo llama "hermano" y lo quiere más que a su madre, a sus hijo y a mí, juntos.

DORINA.- Sólo a Tartufo le cuenta sus secretos y le pide consejo antes de hacer cualquier cosa.

II- Lo mima, lo besa...

Todos acompañan sus gestualidades con sus instrumentos musicales

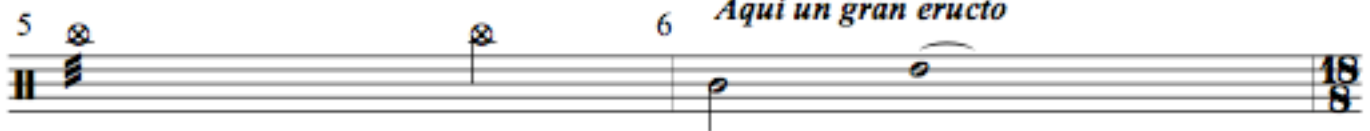
4

mp

mf

ELMIRA.- Lo mima, lo besa: ni con una amante se puede ser más tierno. Lo pone a la cabecera de la mesa; lo mira embelesado mientras come. Y Tartufo come por seis. Al acabar, cuando Tartufo eructa, le dice: "¡Dios te guarde!"

III- Imitando el comer de Tartufo



DORINA.- Es su todo, su héroe. Le parece un milagro el menor de sus actos y tiene por oráculos todo lo que dice.

ELMIRA.- Y Tartufo juega con él como el gato con el ratón. Finge mil beaterías para sacarle dinero, y, encima, se siente con derecho a criticarnos.

DAMIS.- Ya, por favor, mamá, habla con mi padre algo sobre la boda de mi hermana. Sospecho que Tartufo está en contra.

ELMIRA.- Yo creo lo mismo.

DORINA.- Ahí viene el señor.

ELMIRA. Y yo mejor me voy.

Hace mutis Elmira y entra Orgón

IV- Elmira baja de la mesa



ORGÓN.- Buenos días, hijo.

V- Pirueta del 'no abrazo'

Chiflido mareador
Cencerro
Pandero (Dorina fuera de escena)
8
mf *f* *p*

DAMIS.- Ya me iba.

ORGÓN.- Espera, hijo, te lo ruego. Llevo dos días fuera y quiero informarme de todo.

DAMIS.- Que Dorina te informe.

ORGÓN.- (*a Dorina*). ¿Todo bien?

VI- Escena de Dorina

Pandero y trapo
9
"¿Puede ayudar?"

Dorina limpia a Orgón con trapo y pandero
al pegarle acciona el pandero oculto en la mano izquierda
10 11
mf *ff*
(Cambio de pandero) [Orgón guarda el pandero]

DORINA.- No, porque anteayer la señora tuvo una migraña terrible. ¿Puede ayudar?

ORGÓN.- Sí, sí, pero ¿y Tartufo?

DORINA.-- ¿ Tartufo? Perfectamente. Gordo, bien comido.

ORGÓN.- ¡Pobrecito!

DORINA.- Pero, en la noche, a la señora le entró un como desmayo, y no pudo cenar por el dolor de cabeza.

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Cenó solo y delante de ella. Se tragó un par de pollos fritos y media pierna de cordero asada.

ORGÓN.- ¡Pobrecito!

DORINA.- La señora no pudo dormir. Y tuve que estar a su lado hasta el amanecer.

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Al terminar de cenar se metió en la cama, calientita; y se durmió como un tronco hasta la mañana.

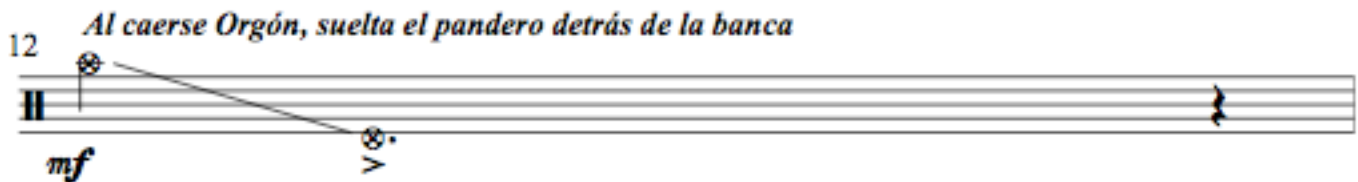
ORGÓN.- ¡Pobrecito!

DORINA.- Vino el doctor para ver a la señora y le hizo una sangría.

ORGÓN.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Se despertó muy animado y, después de rezar contra todas las enfermedades, se tragó media botella de vino en el desayuno, para compensar la sangre que había perdido la señora.

VII- Orgón se cae



ORGÓN.- ¡Pobrecito!

Elmira entra.

ELMIRA.- Ya escuché tu interés por mis dolores. Dorina, retírate para que hable a solas con el señor.

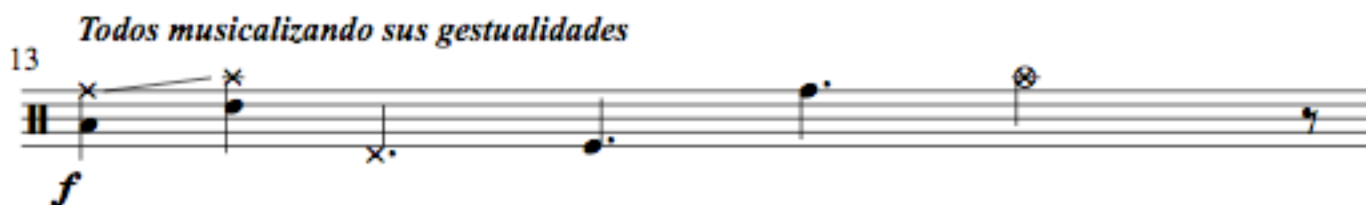
Dorina hace mutis.

ELMIRA.- En tus propias barbas se burla de ti. Y, francamente, tiene razón. Porque ¿cuándo se vio algo igual? ¿Es posible que un hombre esté tan hechizado por un santurrón?

ORGÓN.- ¡Alto ahí, mujer! ¡No sabes de quién estás hablando!

ELMIRA.- Eso es cierto, no lo sé. Pero supongo la clase de hombre que debe ser.

VIII- Primera descripción de Tartufo



ORGÓN.- Si quisieras oírlo como yo, también quedarías hechizada. Es un hombre... que... ¡ah! ... Es un santo... Quien lo escucha goza de una paz profunda. Cuando le oigo, me siento otro. Él me enseña a desprenderme de todo, aleja de mi alma cualquier afecto, y podría verlos morir a todos ustedes sin inmutarme.

ELMIRA.- ¡Pues vaya manera de amar a tu familia!

ORGÓN.- ¿Te conté cómo lo conocí?

ELMIRA.- Sí.

ORGÓN.- Se arrodillaba en la iglesia, delante de mí, con la mayor modestia.

ELMIRA.- Que ya me lo contaste.

ORGÓN.- ¡Pues óyelo otra vez! A todos nos llamaba la atención el ardor con que rezaba. Suspiraba, se extasiaba y besaba humildemente el suelo. Al salir, se me adelantaba para darme agua bendita. Por su criado supe quién era y lo pobremente que vivía. Yo le daba algún dinero, pero él, con mucha discreción, siempre me devolvía una parte, diciendo: «Es demasiado, sobra la mitad. Yo no soy digno de vuestra compasión.» Y si yo no lo aceptaba, iba a repartirlo entre los pobres.

ELMIRA.- Pero bien que se guardaba la otra mitad.

ORGÓN.- No negarás que desde que el Cielo me mandó traerlo a la casa, todo parece fructificar. A todos los enseña. Hasta por ti se interesa y parece más celoso de ti que yo mismo.

ELMIRA.- Demasiado se ocupa de mí, y tú ¡demasiado poco!

ORGÓN.- Te estás volviendo demasiado moderna.

ELMIRA.- Los que son como tú quieren que todos seamos ciegos como ellos. Llaman "moderno" al que tiene buena vista. Pero que ser esclavo de mojigatos para ser piadoso. ¿No puedes distinguir la hipocresía de la devoción?

ORGÓN.- ¿Ahora vas a venir a enseñar a tu marido?

ELMIRA.- No. Pero sé distinguir lo cierto de lo falso. Y ese Tartufo es un charlatán y un devoto de mentiras.

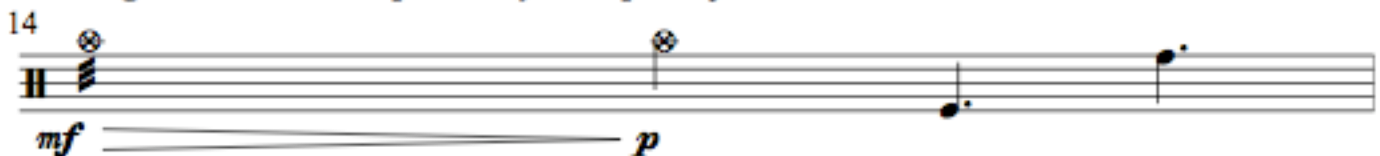
ORGÓN.- ¿Tienes algo que añadir?

ELMIRA.- No.

ORGÓN.- Pues ya me voy. (*Intenta salir*).

ELMIRA.- Espera un momento, te lo ruego. Dejemos esta discusión. Vamos a hablar de la boda de nuestra hija. Sabes que le diste a Valerio palabra de hacerle vuestro yerno.

IX- Orgón le limpia la falda a Elmira



ORGÓN.- Lo sé.

ELMIRA.- Entonces, ¿por qué retrasas la celebración?

ORGÓN.- No sé.

ELMIRA.- ¿Cambiaste de idea?

ORGÓN.- Tal vez.

ELMIRA.- ¿Quieres faltar a tu palabra?

ORGÓN.- No digo eso.

ELMIRA.- Hay algún obstáculo para la boda.

ORGÓN.- Depende.

ELMIRA.- No hacen falta tantos rodeos. Mariana y Valerio me han pedido que te lo pregunte.

ORGÓN.- ¡Alabado sea Dios!

ELMIRA.- ¿Qué les respondo?

ORGÓN.- Lo que quieras.

ELMIRA.- Pero debo conocer tu intención. ¿Cuál es?

ORGÓN.- Hacer lo que me ordene la Providencia.

ELMIRA.- ¿Y qué te ordena la Providencia?

ORGÓN.- Acércate. Tengo que decirte algo en secreto. Siempre he visto en Mariana una gran mansedumbre y por eso la he querido siempre tanto.

ELMIRA.- Y ella corresponde a tu amor de padre.

ORGÓN.- Sí. Y como sólo piensa en darme gusto y yo encuentro en Tartufo las mayores virtudes, a Mariana le agradará convertirse, por voluntad mía, en su esposo. ¡Ya está!

ELMIRA.- ¿Qué dijiste? ¿Oí mal? ¿Con quién quieres casar a tu hija?

X- Casarla con Tartufo



ORGÓN.- Con Tartufo. Quiero unirlo a la familia.

ELMIRA.- ¿Estás loco?

ORGÓN.- Ya lo decidí. Y como sobre mi hija mando yo...

ELMIRA.- Por la Virgen Santísima,¿qué ganas con elegir por yerno a un pordiosero?

ORGÓN.- ¡Calla! Su miseria es honrada. Se dejó despojar de sus bienes por su amor a las cosas eternas. Pero yo haré que recobre lo suyo. Tenía propiedades porque, ahí donde lo ves, es noble.

ELMIRA.- Eso te cuenta.

ORGÓN.- Yo sé lo que conviene a mi hija. Aunque di mi palabra a Valerio, he oído que es muy aficionado al juego y sospecho que es muy poco religioso.

ELMIRA.- Temo que ocurra una desgracia. Debo hablar con Mariana y con Valerio y hasta con Damis.

ORGÓN.- Y transmíteles mis órdenes.

Hacen mutis.

XI- Sale Orgón

Sale Orgón
17
Sale Elmira (Flautas barrocas)
18
f
mp

ESCENA DOS

Damis, Dorina

II

XII- Entran Damis y Dorina

19
Pandero y tropetilla
20
Dorina esconde a Damis (Le deja el pandero)
f
p

DAMIS.- ¡Mi espada acabará con las intrigas de ese Tartufo!

DORINA.- ¡Sosiéguese! Que del dicho al hecho hay mucho trecho. Deje que su mamá influya en ese hombre. Estoy segura de que ella le gusta a Tartufo. ¡Ojalá! Su mamá quiere tantearlo para saber qué piensa de la boda. Y vienen para acá. Váyase usted, pues.

DAMIS.- Quiero estar en esa conversación.

DORINA.- ¡De ningún modo! Es preciso que estén solos.

DAMIS.- No diré nada.

DORINA.- ¡Qué enfadoso es usted! ¡Ya están llegando! ¡POr lo menos, escóndase!

Damis se esconde y entra Tartufo.

XIV- Entra Tartufo



TARTUFO.- Ya recé mi rosario y voy a repartir limosna entre los presos.

DORINA.- (*aparte*) ¡Cuánta afectación y cuánta fanfarronería!

TARTUFO.- ¿Qué quieres?

DORINA.- Decirle...

TARTUFO.- (*sacándose un pañuelo del bolsillo*). Antes de decir nada, toma este pañuelo, por Dios.

DORINA.- ¿Para qué?

TARTUFO.- Cúbrete el pecho. No quiero verlo. Son objetos esos que hieren las almas y engendran en las mentes pensamientos pecaminosos.

DORINA.- Pues yo lo podría ver a usted bien desnudo sin la más mínima tentación.

TARTUFO.-. Habla con más modestia o me iré.

DORINA.- No, no. Yo soy quien se va. Sólo vine a decirle que mi señora viene a entrevistarse con usted un momento.

TARTUFO.- ¡Cuánto me alegro!

DORINA.- (*aparte*). Pronto se calmó. Segurito que le gusta mi señora.

TARTUFO.- ¿Vendrá pronto?

DORINA.- Me parece oírla. Sí, ella es, y con ella lo dejo. (*Sale*)

Entra Elmira

TARTUFO.- Que el Cielo conceda a usted salud de alma y cuerpo, y la bendiga tanto como desea el más humilde de cuantos su amor inspira.

ELMIRA.- Gracias. Pero sentémonos para estar más cómodos.

XV- Tartufo hace girar a Elmira



TARTUFO.- ¿Se siente mejor de su migraña?

ELMIRA.- Me siento muy bien.

TARTUFO.- Yo ofrecí al Cielo mi salud para restablecer la suya.

ELMIRA.-. Cuánta caridad cristiana.

TARTUFO.- Todo es menos de lo que usted merece.

ELMIRA.- He venido a hablar con usted en secreto de cierto negocio.

TARTUFO.- Me es muy grato estar a solas con usted, señora. Es una ocasión que he pedido al Cielo, sin que me la concediera hasta este momento.

ELMIRA.- Quiero que me descubra su corazón, sin ocultar nada.

TARTUFO.- Yo sólo deseo, como gracia singular, abrir a usted mi alma entera. (*estrechándole la punta de los dedos*). Es tan grande mi fervor.. .

ELMIRA.- ¡Ay! ¡No apriete tanto!

TARTUFO.- ¡Oh! No quería lastimarla... (*Le pone la mano en la rodilla*).

ELMIRA.- ¿Qué hace su mano aquí?

TARTUFO.- Toco la tela, que es muy suave.

ELMIRA.- Déjeme, por Dios. Me hace cosquillas. (*Aparta la silla. Tartufo acerca la suya*).

TARTUFO.- ¡Qué bordado tan primoroso!

ELMIRA.- Sí. Pero hablemos de nuestro negocio. He oído que mi marido quiere casarlo con nuestra hija. ¿Es cierto?

TARTUFO.- Algo me ha dicho. Aunque, a decir verdad señora, no es ésa la dicha por la que suspiro. En otro cielo veo las gracias admirables en que tengo cifrados mis anhelos.

ELMIRA.- Claro, porque nada de este mundo le interesa.

TARTUFO.- Aunque no es de piedra mi corazón.

ELMIRA.- Yo creía que todos sus suspiros iban van dirigidos al Cielo.

TARTUFO.- El amor a Dios no nos ciega a las bellezas temporales. Nuestros sentidos pueden ser seducidos por las obras perfectas del Señor. Como usted. En su rostro puso Dios bellezas tales, que arrebatan el alma. Se ha clavado en mi pecho el dardo del amor. Primero temí que todo viniera del espíritu maligno, pero reconocí que mi pasión puede no ser culpable, que puedo acomodarla a mi honestidad, y por eso le ofrezco mi corazón, señora. Es usted mi esperanza, mi bien, mi reposo. De usted depende que sea feliz o no.

ELMIRA.- Galantísima declaración, aunque sorprendente en un santo como usted, famoso en todas partes.

TARTUFO.- Por ser santo, no soy menos hombre. Y ante sus celestiales gracias, el corazón sucumbe y no razona. Si sus favores consienten en consolarme, mi devoción por usted, dulcísima maravilla, será única en el mundo. Conmigo no corre riesgo su honor. Los galanes cortesanos son unos chismosos pero los hombres como yo ardemos con un fuego silencioso y está seguro el secreto. Nos importa mucho el qué dirán, y no hay mejor garantía para quien nos ama. Yo le daré amor sin escándalo y placer sin temores.

ELMIRA.- Yo lo entiendo. Pero, ¿no teme que descubra este fuego galante a mi esposo y que la repentina noticia éste altere su amistad hacia usted?

TARTUFO.- Sé que perdonará mi audacia, por los vivos ardores de mi amor y que, sabedora de su hermosura, entenderá que no estoy ciego y soy de carne.

ELMIRA.- Otras quizá tomarían las cosas de modo distinto. Yo no le contaré nada a mi esposo, pero a cambio quiero pedirle que se apresure la boda de Valerio y Mariana y renuncie usted a ella. Y...

TARTUFO.- Yo, amada…

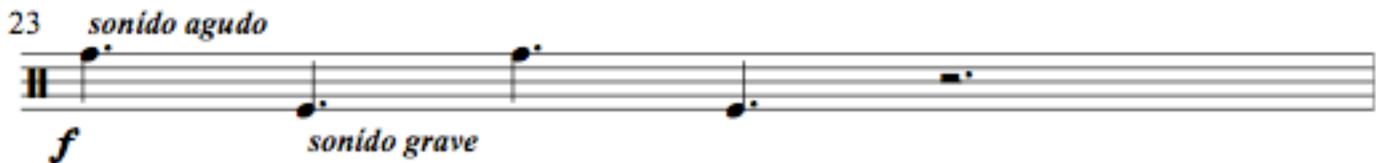
DAMIS.- (S*aliendo de su escodnite*). No, madre mía, no. Esto debe saberse. He oído todo y el Cielo me permite desenmascarar a un traidor, y poner ante los ojos de mi padre al criminal que habla de amor a su propia esposa.

ELMIRA.- No, Damis.

DAMIS.- Perdonarlo sería una burla. Mi padre debe saber la verdad sobre este miserable.

ELMIRA.- Damis...

XVI- Entrada de Orgón



DAMIS.- Precisamente aquí viene. (*Entra Orgón*) Padre, el señor Tartufo acaba de descubrir su lealtad para contigo. Consiste nada más y nada menos que en deshonrarte. Lo encontré haciéndole a mi madre, tu esposa, la infamante confesión de un amor vil.

ELMIRA.- Si te hubieras callado… (*Sale furiosa*)

ORGÓN.- ¿Se puede creer lo que dices?

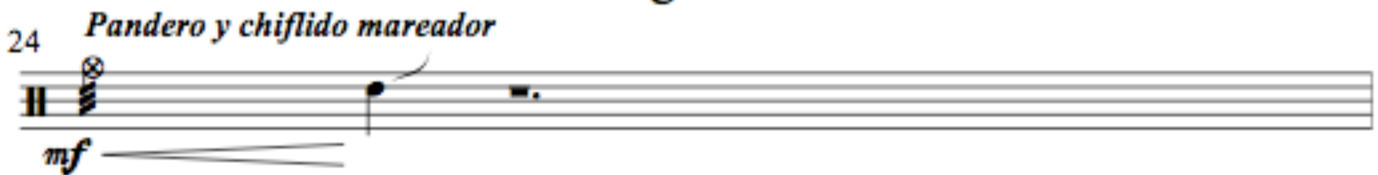
TARTUFO.- Sí, hermano, soy un malvado, culpable, un pecador lleno de iniquidades. Cada instante de mi vida es un cúmulo de infamias. Soy un muladar de crimen e inmundicia. Y en esta ocasión, para castigarme, me quiere mortificar el Cielo. Por grande que sea el delito que me imputan, no caeré en el orgullo de defenderme. Cree lo que dicen, arma tu cólera y arrójame de tu casa como a un criminal.

ORGÓN.- (*a su hijo*). ¿Cómo te atreves a enturbiar la pureza de su virtud con tus mentiras?

DAMIS.- ¿Cómo? ¿Crees más al hipócrita que a tu hijo...?

ORGÓN.- ¡Calla, maldito!

XVII- El giro de Damis



TARTUFO.-¡Déjale hablar! (*Dirigiéndose a Damis*). Habla. Llámame infame, pérfido, réprobo, ladrón, homicida. Y déjame sufrir la ignominia arrodillado.

ORGÓN.- (*a Tartufo*). No digas más, hermano. (*A su hijo*). ¿No se te parte el corazón, traidor?

DAMIS.- ¡Qué!

ORGÓN.- ¡Cállate, granuja! (*A Tartufo*). Hermano; levántate, por favor. (*A su hijo*). ¡Infame!

DAMIS.- Puede...

ORGÓN.- ¡Calla!

DAMIS.- ¿Cómo?

ORGÓN.- Si dices una palabra más, te cruzo la cara con un látigo.

TARTUFO.- En nombre de Dios, hermano, no te pongas así. Prefiero sufrir la pena más dura a que le hagas el menor rasguño por mi culpa.

ORGÓN.- (*A su hijo*). ¡Ingrato!

TARTUFO.- Si es preciso hincaré las dos rodillas, para pedirte que le perdones...

ORGON.- (A *Tartufo*). Lévantate, santo entre los santos. (*A su hijo*). Mira su bondad.

DAMIS.- Así que...

ORGÓN.- ¡Basta!

DAMIS.- ¡Cómo! Yo...

ORGÓN.- ¡Dije basta! Ya sé por qué lo acusas. Lo odian todos. Esposa, hijos y criados. Sin la menor vergüenza buscan echar de mi casa a este santo varón. Pero, cuanto más se esfuercen, más me esforzaré yo por retenerle. Voy a casarlo con mi hija inmediatamente para humillar a toda mi familia.

DAMIS.- ¿La obligarás a aceptarlo?

ORGÓN.- Esta misma noche, para que rabies. Les enseñaré que soy el amo. Ahora mismo te vas a retractar. Échate a sus pies para pedirle perdón.

DAMIS.- ¿Yo? ¿A ese pícaro...?

ORGÓN.- ¿Te resistes y además lo injurias? ¡Un látigo! (*A Tartufo*). No me detengas. (*A su hijo*). ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa ahora mismo! ¡Y nunca más te atrevas a volver!

DAMIS.- Me iré, sí, pero...

ORGÓN.- ¡Pronto! ¡A la calle! ¡Sinvergüenza, te quedas sin herencia y te llevas mi maldición!

XVIII-
'¡Perdónale, Dios mío, aunque me haya calumniado!'



TARTUFO.- ¡Perdónale, Dios mío, aunque me haya calumniado! (*A Orgón*) Si supieras cómo me duele que me haya difamado ante mi hermano... Pierdo el habla y me parece que voy a morir. (*Se desvanece*)

ORGÓN.- (*Corre, arrasado en lágrimas, hacia la puerta por la que acaba de expulsar a su hijo*). ¡Debí de descalabrarte en el acto! (*A Tartufo*). Vuelve en ti, hermano, y no te enojes.

TARTUFO.- Por los trastornos que traigo a esta casa, será menester que me vaya.

ORGÓN.- ¿Cómo? ¿Bromeas?

TARTUFO.- Me odian todos . Quieren que dudes de mi sinceridad.

ORGÓN.- ¡Qué importa! ¿Me viste hacerles caso?

TARTUFO.- No van a rendirse. Y tal vez más tarde les creas.

ORGÓN.- No, hermano. ¡Nunca!

TARTUFO.- ¡Ay, hermano! ¡Cuán fácil le es a una mujer doblegar la voluntad de su esposo!

ORGÓN.- ¡No, no!

TARTUFO.- Deja que me aleje.

ORGÓN.- Seguirás aquí.

TARTUFO.- Si así me lo ordenas, pues.., me quedo.

ORGÓN.- ¡Ay!

TARTUFO.- Pero evitaré a tu esposa y sólo me verás...

ORGÓN.- No. ¡Seguirás tratándola! Quiero que a todas horas te vean con ella. Y, para que rabien más, ¡te haré mi único heredero! Ahora mismo, ante la ley, te haré donación de mi hacienda. Más quiero a un amigo sincero, y además mi yerno, que al hijo y a la mujer falsos. ¿Aceptas?

TARTUFO.- Hágase en todo la voluntad del Cielo.

XIX- Ojalá se mueran de rabia los envidiosos



ORGÓN.- ¡Pobrecito! Corramos a hacer la escritura y ojalá se mueran de rabia los envidiosos.

Hacen mutis.

XX- Dorina canta



ESCENA TRES

ELMIRA.- Ya no sé qué decir: me espanta tu ceguera.

ORGÓN.- Creo lo que veo. Te dio miedo contradecir al pícaro de nuestro hijo. Estabas demasiado tranquila. De ser cierto lo que decía, hubieras estado indignada.

ELMIRA.- ¿Ha de convertirse nuestro honor en furia? Yo quiero una virtud sin teatro y sin fiereza.

ORGÓN.- Sé lo que pretendes y no me tragaré el anzuelo.

ELMIRA.- Y… ¿si te demostrara que es cierto lo que Demis dijo?

ORGÓN.- ¡Mentiras y patrañas!

ELMIRA.- ¡Qué hombre! Supongamos que desde algún sitio, te hago ver y oír. ¿Qué dirás de tu santo varón?

ORGÓN.- En ese caso diría que... No diría nada porque ¡eso no es posible.!

ELMIRA.- Demasiado dura ya el engaño y me acusas demasiado de impostora.

ORGÓN.- ¡Te tomo la palabra! A ver cómo le haces.

ELMIRA.- Dorina. Trae al señor Tartufo.

DORINA.- (*sale del escondite en el que estaba y dice a su ama*) Quizá sea difícil engañarlo.

ELMIRA.- No. Su amor propio le llevará a engañarse a sí mismo. Dile que venga.

ELMIRA.- Acerquemos aquella mesa y métete debajo.

ORGON.- ¿Por qué debajo de la mesa?

ELMIRA.- ¡Cielo santo! Déjame hacer las cosas. Ya verás. ¡Ya! Métete ahí y procura que no te vea ni te oiga.

ORGÓN.- Bueno. A ver hasta dónde llega tu calumnia.

ELMIRA.- (*A su marido, debajo ya de la mesa*). No te escandalices por nada de lo que oigas. Diga lo que diga, debes permitírmelo, ya que lo hago para convencerte. Aunque no me expongas más de lo preciso para desengañarte. Se trata de tus intereses y tú eres el amo. Ahí viene. Estáte quieto y que no te vea.

Entra Tartufo.

TARTUFO.- ¿Quería hablarme?

ELMIRA.- Quiero decirle un secreto. Pero, antes, cierre la puerta para que no pase lo de la otra vez. Ya vio cuánto hice para aplacar la cólera de mi hijo. Pero, gracias a Dios, todo salió mejor. El aprecio que mi marido le tiene disipó los posibles celos. Ya puedo encerrarme con usted y descubrirle mi corazón dispuesto.

III

XXI- Elmira le habla a Tartufo

'Quiero decirte un secreto'

28 ***Con las cuerdas de la guitarra (Libero)***



TARTUFO.- Muy distintas fueron antes sus palabras.

ELMIRA.- ¿Está enojado? ¡Qué poco conoce el alma femenina! Por más que damos la razón al amor que nos domina, nos avergüenza confesarlo. Nos negamos, pero dejamos ver que está vencido el corazón, pero, al negarnos, lo prometemos todo. Pero, ¿por qué cree que le pedí renunciar a su boda con mi hija? Por celos. Por que no quería compartir su amor con nadie.

TARTUFO.- Gran placer, señora, es escuchar estas palabras de unos labios que adoro. Su miel derrama por todos mis sentidos un deleite que nunca experimenté. Pero… me permito dudar un poco de su sinceridad. ¿No serán sus palabra un ardid para evitar mi boda con su hija?

ELMIRA.- ¿Cómo puede pensar eso?

TARTUFO.- Creeré tan dulces palabras, cuando me dé una prueba del amor por el cual suspiro.

ELMIRA.- ¡Dios mío! ¿Quiere correr tanto? ¿No le basta mi confesión y quiere llevarmegar hasta el extremo?

TARTUFO.- No es fácil convencer al deseo con razones. Desconfía y, antes de creer, quiere gozar. Yo, señora, no le creeré una sola palabra, si antes no me convence con hechos.

ELMIRA.- ¡Jesús! ¡Qué tirano es su amor!

TARTUFO.- Si acepta que me ama, ¿por qué me niega una prueba?

ELMIRA.- ¿Y cómo consentir, sin agraviar al Cielo, al que usted reza tanto? ¿No nos asustan tanto desde niños con el infierno?

TARTUFO.- Yo conozco el arte de eliminar escrúpulos, señora. El Cielo prohíbe ciertos deleites, pero se pueden hacer arreglos. (*Está hablando un criminal*). Existe una ciencia para relajar el rigor de la conciencia. Ya te instruiré en estos secretos, amada, basta que te dejes guiar. Entrégate y no tengas miedo. Yo respondo por todo… Pero, toses mucho.

ELMIRA.- Sí. Tengo mucho catarro.

TARTUFO.- Pues que mal momento para acatarrarse.

ELMIRA.- Pésimo.

TARTUFO.- Pero volvamos a tus escrúpulos. Es malo sólo aquello que se sabe. El escándalo es el que ofende al Cielo. Pecar en silencio es como no pecar.

ELMIRA.- (*Después de toser de nuevo*). En fin, veo que es forzoso ceder. Pero asegúrate de que no esté mi marido.

TARTUFO.- No te preocupes por tu marido. Es un pobre imbécil, capaz de sentirse orgulloso porque le estoy poniendo los cuernos contigo. Ya lo tengo completamente controlado.

XXII- Eres un miserable



ORGÓN.- (*Saliendo de debajo de la mesa*). ¡Eres un miserable! ¡Por mil demonios! ¡El santo! Me has estado tomando el pelo. Te iba a casar con mi hija y deseabas a mi esposa. No quise ver la verdad, pero esta prueba me parece suficiente. No necesito más. ¡Ya! Sin alboroto y sin ceremonias, te pido que desalojes esta casa.

TARTUFO.- Mi intención...

ORGÓN.- Sobran explicaciones. Debes salir de aquí ahora mismo.

TARTUFO.- Saldrás tú. Tú, que hablas como si fueras el dueño. La casa es mía y lo probaré. Es inútil recurrir a tretas cobardes para atacarme. Tengo medios para confundir y castigar a los impostores, **vengar al Cielo, y hacer que se arrepientan por intentar echarme de aquí.**

(*Sale*)

ELMIRA.- ¿Qué quiso decir?

ORGÓN.- Algo muy serio.

ELMIRA.- ¿Qué?

ORGÓN.- Seguramente se refería a… la donación.

ELMIRA.- ¿Cuál donación?

ORGÓN.- Ante un notario y dos testigos le doné todo lo nuestro.

ELMIRA.- ¿Todo?

ORGÓN.- Sí. Todo, todo.

ELMIRA.- ¿Nuestro patrimonio y el de nuestros hijos?

ORGÓN.- Todo nuestro patrimonio y el de nuestros hijos

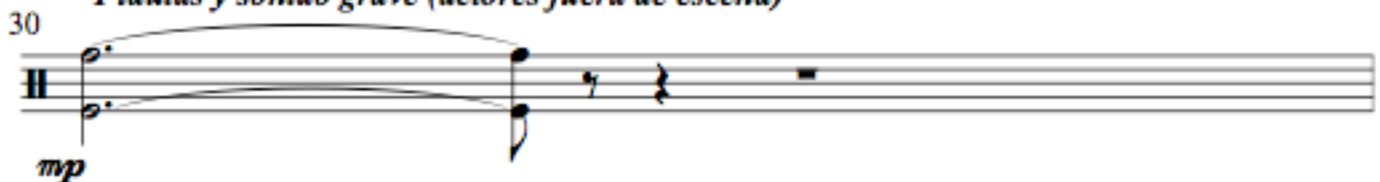
ELMIRA.- ¡En qué lío nos has metido! Con una escritura ante notario nos puede obligar a lo que sea.

(*Salen y Dorina abandona el escondite en donde ha oído todo sin ser vista*)

DALMIRA.- No sé quién es peor, si el hipócrita ladrón o el cándido que se deja robar.

ESCENA CUATRO

Otro día. Orgón, Elmira,



ELMIRA.- No debimos provocar a Tartufo. Fue una imprudencia.

ORGÓN.- ¡Basta! Desde este momento todos los santos me inspirarán horror.

ELMIRA.- ¿Ves tus arrebatos? No sabes mantener el equilibrio justo. No honres al impostor, pero tampoco seas injusto con la auténtica piedad. Y, sobre todo, reconcíliate con tus hijos, discúlpate con Valerio y cásalo con Mariana.

(*Entra Damis*)

DAMIS.- ¿Es cierto, padre, que te amenaza ese bribón?

ORGÓN.- Sí, hijo.

DAMIS.- Déjamelo a mí. Para concluir este asunto, lo voy a moler a palos.

ELMIRA.- Por Dios, modera tus violentos impulsos. De haber sabido que tenía tantas armas en sus manos, no hubiera dado motivo para todo esto. ¿Escuchas Damis? ¡Tratemos de que esto se arregle con un simulacro de paz!

(*Entra Dorina*)

DORINA.- Ese Tartufo quiere entrar para hablar con ustedes.

ORGÓN.- (*A Dorina*). ¿Qué quiere? Dile que no estamos.

DAMIS.- O déjalo entrar para que yo lo muela a palos.

ELMIRA.- Ni lo uno, ni lo otro. Lo escucharemos en paz. Dile que pase.

ORGÓN.- Tal vez venga a reconciliarse. ¿Cómo lo recibo?

ELMIRA.- Sin manifestar rencor y haciéndole caso, si es que habla de hacer las paces. ¿Escuchas, hijo?

DAMIS.- Yo no podré resistirlo. Iré a buscar otros medios. Voy a hablar con Valerio.

(*Sale Damis y Dorina hace entrar a Tartufo*)

XXIV- Entra Tartufo



TARTUFO.- No es mi intención molestar. ¡Que el Cielo pierda a quien desee molestarlos!

ORGÓN.- Buen comienzo. Permite presagiar algún arreglo.

TARTUFO.- Sólo traigo conmigo un grupo de alguaciles enviados por un juez, con la muy simple orden de que salgan de aquí todos ustedes, se lleven sus ropas y dejen sitio para las mías, sin dilación ni demora, tal como es de rigor.

ORGÓN.- ¡Salir de aquí!

TARTUFO.- Si me haces el favor. La casa me pertenece indiscutiblemente. Soy dueño de todos tus bienes y ya aceptó el juez la escritura que lo demuestra. Por eso mandó a los alguaciles a ejecutar la sentencia.

ORGÓN.- Pero...

TARTUFO.- Sé que eres bueno y demasiado juicioso como para querer oponerte a la justicia. He venido yo mismo para evitar a todos peores vergüenzas.

ORGÓN.- ¿Puede haber algo peor que echar a la gente de su casa?

TARTUFO.- Se te concede un plazo. Hasta mañana. Sólo pasarán aquí la noche los diez alguaciles, pero no habrá escándalo ni alboroto. Mañana temprano los ayudar a que saquen de aquí hasta el último bártulo. Creo que no se puede ser más considerado.

ORGÓN.- (*En voz baja*). ¡Con qué gusto le rompería la cara!

ELMIRA.- (*En voz baja a Orgón*). No hagas caso. Tengamos la fiesta en paz.

TARTUFO.- Hasta mañana. Que el cielo los conserve alegres.

(*Sale*)

XXV- Sale Tartufo

32 ***Chiflando dicha cancioncita***



ORGÓN.- Y te confunda a ti para toda la eternidad.

DORINA.- ¿Ahora ve el señor que teníamos razón? ¿O sigue pensando que nos quejábamos sin razón? A lo mejor la virtud de San Tartufo se acrisola con el amor al prójimo. Él sabe que los bienes de este mundo corrompen al hombre y, por pura caridad, quiere arrebatar a ustedes cuanto se oponga a su salvación.

ORGÓN.- Cállate de una vez.

ELMIRA.- Veamos qué nos conviene. Lo mejor es que sepa todo el mundo la audacia de este desagradecido. Su manera de proceder anula cualquier escritura por más ante notario que haya sido hecha. La vileza de su ingratitud le impedirá triunfar.



ESCENA CINCO

Tartufo, Orgón y Elmira.

TARTUFO.- ¡Ni un minuto más, señores! ¡A la calle!

ORGON.- Traidor. ¿Así me asesinas, criminal?

TARTUFO.- No lograrán enfurecerme con sus injurias. He aprendido a sufrirlo todo por el Cielo.

ELMIRA.- Confieso que es inmensa su hipocresía.¡Con qué descaro se burla del Cielo el infame!

TARTUFO.- No me inmuta su cólera.

ORGÓN.- ¿Has olvidado, ingrato, de qué estado miserable te sacó mi mano compasiva?

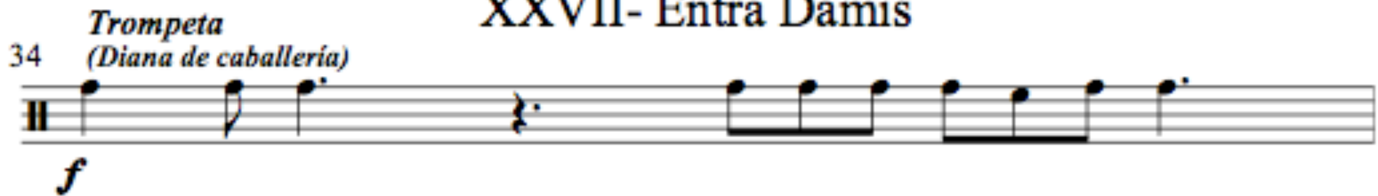
TARTUFO.- No. He aceptado de buena gana la ayuda que recibí. Todo esto.

ELMIRA.- ¡Impostor!

TARTUFO.- (*Habla hacia fuera, hacia los alguaciles*). Caballeros, líbrenme ustedes de toda esta gritería y, por el amor de Dios, ya no retrasen el cumplimiento de la orden judicial.

(*Entra Damis con la espada desenvainada y la pone en el pecho de Tartufo*)

XXVII- Entra Damis



DAMIS.- En efecto, es mucho dilatar el cumplimiento de la ley. Muy oportunamente me lo recuerda tu piadosa boca. Y para cumplir la ley entrégate, porque vas derecho a la cárcel.
TARTUFO.- ¿Quién? ¿Yo, qué dice este insolente?

DAMIS.- Sí, tú, hipócrita, traidor. Además de tus diez alguaciles, un regimiento del Ministerio de Justicia ha venido a llevarte a la cárcel.

TARTUFO.- ¿Y… por qué?

XXVIII- Entran Soldados



DAMIS.- No es a ti a quien voy a explicarlo. Fuera. (*Tartufo, siempre amagado por la espada de Damis, sale de escena.* ***Damis da órdenes a los soldados que esperan fuera***) **Llévenlo preso a las mazmorras reales.** (*Envainando la espada, se vuelve a Orgón*) Y tú, padre, reponte de tan cruel espanto. Aunque no lo parezca vivimos bajo el reinado de la ley. Valerio y su padre habían acudido al Ministerio de Justicia para averiguar sobre este Tartufo. Al echarnos de nuestra casa se traicionó a sí mismo. Se descubrió que era un pícaro del que, con otro nombre, ya se tenía noticia. Su vil ingratitud y su deslealtad contigo se sumaron a sus pasados crímenes. Y si no lo arrestaron hasta hoy, fue sólo para ver hasta dónde era capaz de llegar. Pero ya todo ha terminado. Las escrituras quedan sin efecto y toda tu hacienda está nuevamente en tus manos. La ley corta todos los nudos que te ataban a Tartufo.

DORINA.- ¡Bendito sea Dios!

ORGÓN.- ¡Ahora respiro!

ELMIRA.- ¡Venturosa conclusión!

ORGÓN.- ¿Quién podría creerlo?

DAMIS.- ¡Ha quedado burlado el traidor!

ORGÓN.- Iré a la cárcel para castigarlo con mi propia mano.

ELMIRA.- ¡Eh, tú, esposo, basta de locuras! No vayas a caer en acciones indignas. Deja a ese miserable y congrátulate por la fidelidad de tus hijos y de quien habrá de ser nuestro yerno.

XXIX- Se alegra Orgón, hay boda y fiesta

Todos improvisando un fuerte escándalo
(ad escena correspondiente)



ORGÓN.- Tienes razón. Ven, Damis, a mis brazos. Y después de cumplido este primer deber de un padre necio hacia su hijo, habremos de pensar en la justa conclusión de otro y, con amorosas nupcias, coronar en Mariana y Valerio la llama de dos sinceros enamorados.

Fin de la adaptación de
El Tartufo
de Molière